

## SERMÓN SOBRE LA HUMILDAD

(Juan María de la Mennais)



*“Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón y encontrarán descanso para sus almas”. (Mt 11,29)*

¡Qué pocos cristianos, y podré decir, qué pocos religiosos escuchan con un corazón dócil esta lección que Jesucristo da a sus discípulos, y procuran ponerla en práctica! Nada se teme tanto como ocultarse, humillarse, anonadarse, y el orgullo es, de entre todas las tentaciones aquella en la que caen con más frecuencia incluso las almas que aspiran a una alta perfección.

No necesitamos más que contemplar los ejemplos de nuestro Salvador, para experimentar un vivo sentimiento de estima por esta virtud que le fue tan querida. Sí, cuando vemos al Rey de la gloria que viene al mundo eligiendo la condición de esclavo, en la vida más oscura, condenándose a sufrir los desprecios, los oprobios, los ultrajes, enrojecemos al vernos tan ávidos de las alabanzas de los hombres, tan deseosos de atraer sus miradas, tan sensibles a sus censuras. Estamos convencidos interiormente de la necesidad de ser humildes y sentimos el deseo de llegar a serlo. Sin embargo, la triste experiencia de cada día nos enseña que, bajo los pretextos más frívolos, en las relaciones con nuestro prójimo, nos solemos conducir por principios muy diferentes de los que parecían tan bonitos en teoría, y que a menudo, las personas que mejor hablan de la humildad, en realidad son menos humildes que los demás.

Mi objetivo en esta charla no es, pues, demostrarles la excelencia de esta virtud, de la que ya Jesucristo nos ha dado a entender de una manera tan evidente por sus sufrimientos que le es infinitamente preciosa y santa a sus ojos. No duden de ello, mis queridos hermanos; pero tengo miedo, y quiera Dios que mis temores no sean fundados, tengo miedo de que, en su conducta diaria, el orgullo, la presunción y la vanagloria dominen sus acciones y les quiten el mérito. Recojámonos, y que cada uno tome la firme resolución de corregirse.

Por de pronto, ¿no suele haber ostentación en sus palabras? ¿No se dan importancia por sus cualidades y su mérito? O más bien ¿no se parecen a aquellas vírgenes necias del Evangelio, que gastaron todo su aceite y que no tienen ninguna recompensa que esperar de Dios, puesto que no han trabajado más que para el mundo? Cómo, me contestarán, ¿nos está prohibido hablar de nuestros talentos, de los éxitos con nuestros alumnos, del bien que hacemos en nuestra clase? ¿No es este el modo de hacer un bien más grande, de dar a nuestra Congregación naciente la consideración pública, sin la cual no podría extenderse ni fortificarse? Si tales pensamientos son los suyos, Hermanos míos, les declaro que no teniendo el espíritu de sus vocación, son indignos del título que llevan; se parecen a aquellos religiosos que, extrañados de ver a San Francisco fundar sus esperanzas en la humillación de los miembros de la Orden que había fundado, le solicitaban que escuchase y siguiese los consejos de la prudencia humana, y les permitiese salir de este estado de abnegación completa de ellos mismos en el cual parecía que se complacía en tenerlos y hundirlos, y les digo como él, con dolor y lágrimas: ¡Oh, Hermanos míos!, ¡Oh, Hermanos míos! ¿Quieren arrancar de mis manos la victoria del mundo? ¿Quieren impedirme el vencerlo, como Jesucristo lo ha vencido? Él ha triunfado por sus humillaciones, por su cruz, ha dicho que su gloria no era nada, ha sido pisoteado como un gusano de la tierra, golpeado, despreciado, anonadado. Y ustedes ¡pretenden que el mundo los aplauda!

¡Dicen que es necesario que se tenga una alta idea de lo que pueden hacer y de lo que son! ¡Se avergüenzan de esa cruz que llevan al pecho! ¡Parece que tienen miedo de que se la vea en sus escuelas! ¡Pobres insensatos! ¡Es por ella que son grandes! Sin ella, ¡no son nada! Son algo menos aún que nada, si es posible expresarse así. ¡Oh, qué pena me dan cuando los oigo vanagloriarse de que poseen a fondo la ciencia del alfabeto! Cuando los veo que presentan su cuaderno sobre el cual han trazado algunos rasgos más o menos uniformes, más o menos regulares, como si valiera la pena que uno se distrajera mirándolo.



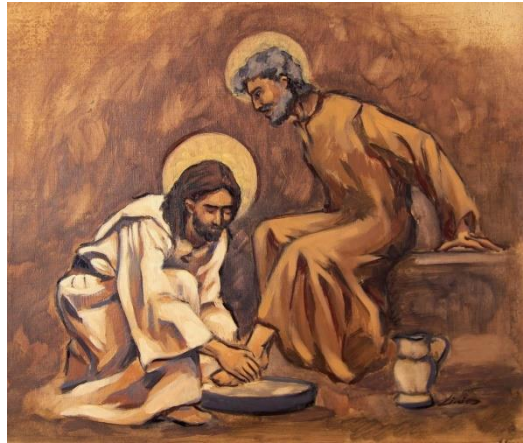
Su gloria, compréndanlo bien, es hacer cristianos de estos niños que sin ustedes no lo serían nunca. De estos niños que no pueden llegar a serlo más que en la medida en que ustedes les enseñen, no con sus discursos sino con sus ejemplos a ser humildes de corazón. De estos niños a quienes deben asemejarse para que les pertenezca el reino de los cielos. ¿Entienden bien esto, hijos míos? ¿Todavía saldrán de sus bocas ridículas palabras de orgullo? ¿Todavía se obstinarán en ser tan ávidos de alabanzas humanas? ¿Irán a mendigarlas como un pobre que va de puerta en puerta recogiendo del suelo viles riquezas de metal que desdeñan poner en su mano y que las arrojan a sus pies? Hijos míos, si siguen ese camino, la Congregación será destruida. La despojarán de ese carácter divino que la hace tan hermosa. Ustedes no serán más que maestros de escuela, como se encuentran por todas partes. O más bien serán menos que ellos, porque ellos por el precio de sus servicios piden dinero, y ustedes se contentan con un poco de ruido, con algunas palabras vanas pronunciadas por complacencia y que el viento disipa como el humo. ¿Piensan en ello? Y después de haber trabajado toda su vida, ¿para qué les habrán servido sus trabajos?...

Ustedes serán despojados de todos sus méritos. No habrán hecho nada por Dios. Dios no les deberá nada y así, abandonan las recompensas que les están prometidas en el cielo, para alimentarse locamente de ilusiones mentirosas y de una gloria engañosa. Hijos míos, créanme. Oculten el bien que hacen. Una virtud escondida llega a ser un verdadero tesoro. Y la vanidad es como un ladrón doméstico, que roba todo lo que ve. Pero la humildad no consiste solamente en evitar las palabras altivas, en despreciar los discursos frívolos de los hombres, en no fijarse en sus alabanzas. Es preciso, además, no inquietarse por su desprecio y soportar en paz e incluso con alegría, si se puede, las pruebas de la humillación a las cuales uno está expuesto.

A menudo sucederá que serán tratados con dureza por aquellas personas con las que están obligados a relacionarse habitualmente. Otras veces se burlarán con malicia de lo que han hecho o de lo que han dicho. Otras, interpretarán al revés sus intenciones o bien les hablarán con un tono brusco o desdeñoso. Entonces, si en lugar de guardar silencio, explotan en reproches y en murmuraciones; si responden con amargura, no tienen humildad, no merecen llevar el título de religiosos, ya que no están muertos al mundo ni a ustedes mismos. Un verdadero religioso no se enfada nunca cuando recibe ultrajes. Las injurias, los malos tratos, no hacen ninguna impresión en su alma. Lejos de irritarse, se muestra paciente, dulce, modesto y afable. Su frente está siempre serena, su corazón abierto a todos. No abre su boca más que para decir palabras corteses, y cuando procuran humillarlo, él quisiera humillarse más aún. Sin duda que esto le cuesta, pero sabe que el sacrificio de su amor propio es muy valioso a los ojos de Dios, porque es difícil conseguirlo en plenitud. Recuerden que, siguiendo la Palabra del Salvador, hay que bajar para subir, humillarse para ser exaltado; y que, en fin, en el abismo de su nada es donde el cristiano, digno de este nombre, encuentra el más alto grado de la verdadera gloria.

Examínense según estos principios y vean qué lejos están de ser humildes, hijos míos, ustedes que no pueden soportar nada, ni las más ligeras molestias que sus hermanos les ocasionan de vez en cuando, ni las advertencias de sus superiores. Ustedes que están siempre dispuestos a

defenderse cuando se los reprende, a vengarse cuando se les escapa una palabra molesta a aquéllos que viven con ustedes. Ustedes que, en vez de ponerse siempre en el último lugar y de evitar con cuidado toda distinción, las desean con inquietud, y les duele constantemente que no se tengan en cuenta sus méritos. Ustedes que se creen con derecho a mandar a todo el mundo y que no quieren obedecer a nadie. ¡Ah, hijos míos! ¡Qué terrible es este examen!



¿Dónde están entre nosotros esos religiosos que, a ejemplo de los santos, no se creen superiores a nadie, no tienen ninguna estima de sí mismos, les gusta ser reprendidos de sus faltas y miran las humillaciones como algo que es de justicia, como una dicha que nunca podrán agradecer suficientemente a Dios? ¿Dónde están, hijos míos?

### COMENTARIO

Este sermón, según el testimonio de los Hermanos Hipólito y Luis, fue pronunciado en 1822, en un momento de crisis: crisis de relaciones con el superior y entre los miembros de los dos noviciados. El sermón quiere presentar la humildad como el fundamento de toda verdadera relación. No puede haber relaciones cristianas sin humildad. La humildad hace que no estemos cerrados en nuestros intereses, que nuestro corazón esté abierto a todos nuestros hermanos, que sepamos escoger el último puesto, que no nos prefiramos a nadie.

A lo largo de todo el sermón, la mirada está fijada en Jesucristo, en su vida y en su Palabra. Nos dice el Fundador que nuestro oído debe estar atento a la Palabra de Jesucristo y no a la palabra de los hombres.

*«Aprendan de Mí que soy manso y humilde de corazón»*

*«El que se humilla será exaltado y el que se exalta será humillado»*

*«Sean humildes como los niños»*

Nuestra mirada debe contemplar su vida y sus ejemplos, debe estar fija en Él.

*«No tenemos más que considerar los ejemplos de nuestro Salvador. Ver al Rey de la Gloria que viene al mundo eligiendo la condición de esclavo, en la vida más oscura»*

#### ¿Qué es la humildad?

La humildad es fundamentalmente capacidad de anonadamiento, «se anonadó». Es la capacidad de salir de nosotros mismos en toda situación, en las injurias, en los desprecios. De este modo el menesiano humilde tiene «su corazón abierto a todos»

La humildad es la sabiduría de la cruz que vence al mundo. Es vivir y aplicar en toda situación esta sabiduría.

*«Quieren impedirme vencer al mundo como Jesucristo lo ha vencido»*

*«Se avergüenzan de la cruz que llevan sobre el pecho»*

Jesucristo ha triunfado por su humillación, por su cruz. La humildad es la verdadera gloria del cristiano:

*«En el abismo de su nada es donde el cristiano encuentra el más alto grado de la verdadera gloria»*

La humildad es el fundamento de toda verdadera y auténtica relación. Sin la humildad las relaciones se pervierten, se rompe la unidad, cada uno busca defender sus pretendidos intereses.

A la humildad se opone el orgullo, la tentación en la que con más frecuencia caemos. El orgullo es el fuego que consume el aceite de nuestras acciones. El aceite de nuestras acciones en vez de ser consumido por el amor de Dios, es consumido por el amor propio. Así nuestras acciones en vez iluminar y de dar gloria a Dios, se queman en la búsqueda de la propia gloria. Nuestras lámparas se quedan sin aceite. Somos las vírgenes necias del Evangelio a las que el Señor no reconoce.

El orgullo es *«el ladrón doméstico que roba el tesoro de nuestras virtudes»*.

La virtud para permanecer tal debe estar oculta, escondida.

Hay una pregunta fundamental que nos es planteada en este sermón y a la que estamos invitados a dar una respuesta: ¿Dónde queremos fundamentar la Familia Menesiana y nuestras vidas?

¿Queremos fundamentarlas en la consideración pública, para que pueda extenderse y fortificarse, en los aplausos, en el éxito, en la alta idea de lo que podemos hacer y ser?

Esto es no aceptar la sabiduría de la cruz. Esto destruye a la Familia menesiana, la priva de su carácter divino. Será solamente una empresa humana, sometida a los avatares de toda empresa humana.

Esto es buscar la gloria que viene de los hombres y no la gloria que viene de Dios. Dejamos de ser menesianos para ser simples maestros de escuela, y menos todavía.

El verdadero fundamento es la humildad.